

nunca á tientas, y no agita en vano al mundo. Todo anuncia que caminamos á una gran unidad, á la que debemos *saludar de lejos*, sirviéndome de una espresion religiosa. Estamos por desgracia muy justamente quebrantados ó abatidos, pero si mis ojos, aunque muy miserables, son dignos de penetrar los secretos divinos, no estamos *abatidos* mas que para estar *mezclados*.

EL SENADOR.

*O mihi tan longæ maneat pars ultima vitæ.*

EL CABALLERO.

Espero que permitireis al soldado que tome la palabra en francés.

Acorred y volad horas pesadas,  
para que lleguen otras retardadas.

## VELADA TERCERA.

EL SENADOR.

Hoy principiaré, yo, la conversacion, mi querido Conde, consultándoos una dificultad, con el Evangelio en la mano; ya veis que esto es muy serio. Cuando los discipulos del hombre-Dios le preguntaron si el ciego de nacimiento que encontraron á su tránsito, estaba en aquel estado por sus propios crímenes, ó por los de sus parientes, el Divino Maestro les respondió: *No es porque haya pecado ni tampoco los que le dieron el ser*, (es decir, no es su estado, consecuencia inmediata de haber cometido él ni sus padres crimen alguno), *sino para que el poder de Dios resalte mas en él*. El P. de Ligni, cuya obra excelente conoceis sin duda, ha visto en la respuesta que acabo de citaros una prueba de que todas las enfermedades no son resultado de un crimen: ¿Cómo entendeis ese texto?

EL CONDE.

De la manera mas natural y sencilla. Primeramente os ruego que observeis que los discipulos se atenan á una ú otra de estas dos proposiciones: *Que el ciego de nacimiento sufria el castigo de sus propias faltas, ó de las de sus padres*; lo que concuerda maravillosamente con las ideas que os he espuesto sobre este punto. Observo en segundo lugar, que la respuesta divina, no presenta mas que la idea de una simple acepcion que la ley confirma, en vez de quebrantar. Comprendo muy bien que esta *ceguera*, no podia tener otro objeto que el de la manifestacion solemne de un poder que venia á cambiar el mundo. El célebre Bossuet de Génova ha deducido del milagro obrado en el ciego de nacimiento materia para un capitulo in-



terezante de su libro sobre la *Verdad de la Religion Cristiana*; porque en efecto, difícilmente se hallará en toda la historia, digo mas, en toda la historia santa, ningun hecho, en que la verdad se halle revestida de caracteres tan sorprendentes y tan propios para obligar á la conviccion. En fin, si se quiere hablar en rigor, pudiera decirse, que en un sentido mas lejano, esta *ceguera*, era tambien consecuencia del pecado original, sin el que la redencion asi como todas las obras que la han acompañado y probado, hubiera nunca tenido efecto.

Conozco muy bien la preciosa obra del P. Ligni, y aun me acuerdo (lo que puede que se os haya escapado), que para confirmar su idea, pregunta ¿de dónde dimanen los males físicos que sufren los niños bautizados antes de llegar á la edad en que han podido pecar? Pero sin faltar á los respetos debidos á un hombre de tal mérito, me parece que no puede uno menos de reconocer aquí una de aquellas distracciones á que estamos sugetos mas ó menos al escribir. El estado físico del mundo, que es el resultado y la caída de la degradacion del hombre, no puede variar hasta que venga una época que debe ser tan general como la de donde procede el resultado. La regeneracion espiritual del hombre individual, no tiene ni puede tener ninguna influencia en estas leyes. El niño padece del mismo modo que muere, porque es de una masa ó materia que debe padecer y morir por haberse degradado en su principio, y porque en virtud de la triste ley por que ha pasado todo hombre porque es hombre, está sugeto á todos los males que pueden afligir al hombre. Todo nos demuestra esta gran verdad, que todo mal, ó para mayor claridad, todo dolor es un suplicio impuesto por algun crimen actual ú origen (1), que si esta herencia de penas ó trabajos os incomoda, olvidad si podeis cuanto os he dicho sobre este punto; porque ninguna necesidad tengo de esta consideracion para entablar mi primera asercion; que no se conoce uno á sí mismo cuando se queja *de que los malvados son dichosos en este mundo y los justos desgraciados*; puesto que nada es tan cierto como la proposicion contraria. Para justificar las vias de la Providencia, aun en el orden temporal, no es necesario que el crimen sea siempre castigado acto continuo. Es singular que el hombre no pueda conseguir de sí mismo, el ser

(1) Se puede añadir, que todo castigo es SUPPLICIO, en los dos sentidos de la palabra latina *supplicium*, de donde viene, porque TODO SUPPLICIO SUPLICA. Desgraciada pues, la nacion que aboliese los suplicios! Porque no cesando la deuda de cada culpable de recaer en la nacion, se veria esta obligada á pagar sin misericordia, y podria verse algun dia tratada como insolvente con todo el rigor de las leyes.

tan justo para con Dios, como para con sus semejantes: ¿Quién es el que ha pensado en sostener, que no hay orden ni justicia en un estado, porque dos ó tres criminales se hayan escapado de los tribunales? La sola diferencia que existe entre las dos justicias, consiste en que la nuestra deja escapar á los culpables por impotencia ó corrupcion, al paso que si la otra parece algunas veces que no se apercibe de los crímenes, no suspende sus golpes sino por motivos laudables, que no están muy lejos del alcance de nuestra inteligencia.

#### EL CABALLERO.

En cuanto á mi no quiero disputar sobre este punto, con tanto mas motivo, cuanto que no estoy en mi elemento, porque he leído muy pocos libros de metafísica en toda mi vida; pero permítidme que os haga observar una contradiccion que no ha cesado de hacerme impresion desde que doy vueltas en este grande torbellino del mundo, que es tambien, como sabeis, un gran libro. Por un lado todos celebran la felicidad, aun la temporal de la virtud. Los primeros versos que aprendí son los de Luis Racine en su poema de religion.

Adorable virtud cuyo divino encanto,

los demas ya los conoceis; mi madre me los enseñó cuando aun no sabia yo leer; y siempre me contemplo en sus rodillas repitiendo este bello trozo que no olvidaré en mi vida. En verdad que no encuentro nada que no sea muy razonable en los sentimientos que allí se espresan, y algunas veces he tenido tentaciones de creer, que todo el género humano pensaba de la misma manera en este punto: porque por una parte hay una especie de harmonia para exaltar ó engrandecer la dicha de la virtud: los libros están llenos, los teatros resuenan, no hay poeta que no se haya esforzado para espresar esta verdad de una manera viva y penetrante. Racine ha hecho resonar en la conciencia de los príncipes estas palabras tan dulces y tiernas. *En todas partes me bendicen y me aman*; y no hay un solo hombre que no pueda disfrutar de esta dicha, mas ó menos segun la estension de la esfera cuyo centro ocupa. En nuestras conversaciones familiares se dice comunmente: *Que la fortuna de tal comerciante*, por ejemplo, nada tiene de estraña, *que es debida á su probidad, á su exactitud, á su economia, que le han granjeado la estimacion y confianza general*. Quien de nosotros no ha oido mil veces á la parte ilustrada del pueblo decir: «Dios bendice esta familia, son gentes de bien que se compadecen de los pobres; ¡qué hay de maravilla en que todo les



«salga bien?» Aun entre la gente mas frivola, no hay un asunto ó materia de que mas espontáneamente se trate que el de las ventajas que tiene un hombre de bien aislado sobre el bribon mas afortunado; no hay un imperio mas universal, mas irresistible que el de la virtud. Es preciso confesarlos, si aun la felicidad temporal no se encuentra en ella, ¿á dónde se encontrará?

Mas por otra parte, una conformidad de pareceres no menos general, nos muestra desde un extremo á otro del universo á

La inocencia de rodillas que tiende la garganta al crimen.

Diriase que la virtud no está en este mundo mas que para sufrir, para que la martirice el vicio atrevido y siempre impune. No se habla sino de los atentados, de la audacia, del fraude, de la mala fé; no se agota el eterno desacuerdo de ingénua provida. Todo se concede á la intriga, á la astucia, á la corrupcion, etc. No puedo recordar sin reirme la carta de un hombre de talento que escribia á su amigo, hablándole de cierto personaje conocido suyo, que acababa de conseguir un empleo distinguido. M.... merecia bien este empleo por todos conceptos, SIN EMBARGO lo ha conseguido. En efecto, algunas veces está uno tentado á creer, mirándolo de cerca, que el vicio en la mayor parte de los negocios, tiene una ventaja decidida sobre la probidad; esplicadme pues, esta contradiccion, os lo ruego; mil veces ha herido mi imaginacion:

La universalidad de los hombres, parece que está persuadida de dos proposiciones contrarias. Cansado de ocuparme de este fatigoso problema, he acabado por no pensar ya en él.

EL CONDE.

Antes de daros mi dictámen, señor Caballero, permitidme que os felicite por haber leído á Luis Racine, antes que á Voltaire. Su musa heredera, (no sé si universal) de otra musa mas ilustrada, debe ser querida de todos sus intituyentes, porque es una musa de familia que solo ha cantado la razon y la virtud. Si la voz de este poeta no es brillante, al menos es dulce, y siempre justa, sus *poesias sagradas* están llenas de ideas, de sentimiento y de uncion; Rousseau camina delante de él en el mundo y en las academias; pero en la Iglesia yo estaria por Racine. Os he felicitado por haber principiado por él, debo felicitaros mas todavia por haberlo aprendido en las rodillas de vuestra escelente madre, á quien profundamente he venerado durante su vida, y á la que aun ahora mismo estoy algunas veces deseoso de invocar. Sin duda á nuestro sexo es al que corresponde formar geó-

metras, tácticos, químicos, etc.; pero lo que se llama el hombre, es decir, el hombre moral, puede que esté formado á los diez años, sino lo ha sido ya en las rodillas de su madre, será siempre una gran desgracia. Nada hay capaz de reemplazar esta educacion. Si la madre sobre todo se ha impuesto el deber de imprimir profundamente en la frente de su hijo el carácter divino, se puede estar casi seguro de que la mano del vicio jamás lo podrá borrar. El jóven podrá descarriarse sin duda; pero describirá si me permitis esta espresion, una curva entrante que le volverá á traer al punto de donde salió.

EL CABALLERO, riéndose.

¿Creeis mi buen amigo, que la curva con respecto á mi principia ya á volver?

EL CONDE.

No lo dudo; y puedo haceros una demostracion manifiesta, y es que os hallais aqui. ¿Cuál es el encanto que os separa ú os arranca de la sociedades y de los placeres, para traerlos todas las noches al lado de dos hombres de edad, cuya conversacion no os ofrece ninguna diversion? ¿Por qué me ois con gusto en este momento? Consiste en que llevais marcado en vuestra frente ese signo de que os hablaba ahora mismo. Algunas veces al veros venir á lo lejos, creo ver tambien á vuestro lado á madama vuestra madre cubierta con un luminoso manto, que os señala con el dedo esta azotea en la que os aguardamos. Vuestro talento, lo conozco, parece que todavia se niega á ciertos conocimientos, pero es únicamente porque toda verdad necesita preparacion. Algun dia, no lo dudeis, gustareis de ellos; y hoy mismo os felicito por la sutileza con que habeis visto y puesto en toda su claridad, una gran contradiccion humana en la que yo no habia reparado todavia, por mas sorprendente que sea en la realidad. Si, si, ciertamente Caballero, teneis razon; el género humano no agota ni la felicidad, ni las calamidades de la virtud. Pero por lo mismo pudiera decirse á los hombres: «puesto que la pérdida ó la ganancia parece que están en balanza, decidid la duda á favor de esta virtud que es tan amable;» con tanta mas razon, cuanto que no estamos circunscritos á este equilibrio. Efectivamente la contradiccion de que acabais de hablar, en todas partes la encontrareis, pues que el universo entero obedece á dos fuerzas (1). Voy á mi vez á citaros un ejemplo: vais al teatro mas á menudo que

(1) *Vim sentit geminam.* Ovid., VIII, 427.



nosotros. Los bellos trozos de Lusignan, de Polyecto de Meropea, etc., nunca dejan de causar el mas vivo entusiasmo. ¿Teneis memoria de un solo hecho sublime, de piedad filial, de amor conyugal, y aun de sola virtud, que no haya hecho profunda sensacion, y que no haya sido colmado de aplausos? Volved al dia siguiente y vereis el mismo ruido (1) por los versos de Figaro. Es la misma contradiccion que la de que hablamos hace un instante; mas en el hecho no hay contradiccion propiamente dicha, porque la oposicion no está en la misma materia. Habeis leído lo mismo que nosotros:

Dios mio! Qué cruel guerra!  
Dos hombres en mi encuentro.

EL CABALLERO.

No hay duda, y aun creo que todos estamos obligados en conciencia á esclamar como Luis XIV: *Ah! cuánto conozco á esos dos hombres!*

EL CONDE.

Pues bien, ved ahí la solucion de vuestro problema y de tantos otros, que realmente no son sino el mismo, bajo diferentes formas. *Es uno el hombre* que alaba muy justamente aun las ventajas temporales de la virtud; y es *otro el hombre* en el mismo hombre, que probara un momento despues, que no se halla sobre la tierra mas que para ser perseguida, deshonrada y degollada por el crimen. ¿Qué, pues, habeis visto en el mundo? Dos hombres que no son del mismo parecer. Esto nada tiene verdaderamente de extraño, pero mucho será que estos dos hombres sean iguales. La recta razon y la conciencia, es la que dice lo que vé con evidencia; que en todas las profesiones, en todas las empresas, en todos los negocios, la ventaja en todas las cosas iguales por supuesto, está siempre por parte de la virtud; que la salud, el primero de los bienes temporales, y sin el cual los demas no son nada, es en parte obra suya, que ella nos colma en fin de una satisfaccion interior, mas preciosa mil veces que todos los tesoros del universo. Al contrario, el orgullo es rebelde y despechado, porque es la envidia, la avaricia, la impiedad quienes se quejan de las ventajas temporales de la virtud. Ya esto no es el hombre, ó bien es otro hombre.

(1) Puede que tanto ruido; lo que basta para lo justo de la observacion; pero no el mismo ruido. La conciencia nada hace, del mismo modo que el vicio, y aun sus aplausos tienen un acento espreso.

En sus discursos, mas aun que en sus acciones, el hombre resuelto muchas veces por la pasion momentánea, y sobre todo por lo que se llama *genio*. Quiero citaros á propósito, un autor antiguo, y muy antiguo, cuyas obras hecho mucho de menos, por la fuerza y gran sentido que resaltan en los fragmentos que nos quedan. Este es el grave Ennius, que hacia que se cantasen en el teatro de Roma en aquel tiempo estas extrañas máximas.

Digo y repetiré que existen dioses,  
mas tambien que su ciencia es infinita  
y que nunca mezclarse pretendieron  
en nuestras cosas nimias y prolijas,  
si equivocado estoy; donde se ofrecen  
recompensando al justo y al culpable  
imponiéndole penas merecidas  
mas ¡ah! que nada hay....

Y Ciceron nos dice, no me acuerdo ya donde, que este trozo producía mil aplausos.

Pero en el mismo siglo, y en el mismo teatro, Plauto era seguramente tan aplaudido cuando decia:

Desde lo alto de su mansion sagrada  
un Dios siempre velando nos observa,  
nos ve, nos oye, y ni la noche oscura  
puede ocultar nuestra ignorada huella.

Mirad aqui un ejemplo, segun creo bastante bello, de esta gran contradiccion humana. Aqui es el sábio y el poeta filósofo quien disparata; y el amable farsante quien predica á las mil maravillas. Pero si quereis seguirme, marchémonos de Roma y vamos por un instante á Jerusalem.

Un salmo muy corto lo ha explicado todo en el asunto de que nos ocupamos. Pronto ó dispuesto á confesar algunas dudas que su espiritu habia conocido en algun tiempo, el rey-profeta, autor de este hermoso cántico, se cree obligado á condenarlas ó reprobarlas de antemano, empezando por un impetu de amor; esclamando: *¡Cuan bueno es nuestro Dios para todos los hombres de recto corazon!*

Despues de este bello impulso, podrá sin trabajo confesar sus antiguas inquietudes: *Estaba escandalizado, y casi vacilaba mi fe al contemplar la tranquilidad de los malvados. Oia decir al rededor de mi: ¿Los ve Dios? y yo decia: ¡En vano he seguido el camino de la inocencia! Me esforzaba en penetrar este misterio que fatigaba mi inteligencia.* Estas son las dudas que se han presentado con mas ó menos vehemencia á todos los talentos, esto es lo que se



llama en estilo ascético tentaciones; y se apresura á decirnos que no tardó la verdad en imponerlas silencio.

Mas en fin, he comprendido este misterio cuando entré en el santuario del Señor; cuando he visto el fin que ha preparado á los culpables. ¡Yo me engañaba Dios mio! Vos castigais sus maquinaciones secretas; humillais á los malvados, los colmais de desgracias. En un instante perecieron; han perecido por sus iniquidades, y habeis hecho que desaparezcan como el sueño de un hombre al despertarse. Despues de haber abjurado todos los sofismas de la imaginacion, ya no hace mas que amar. Esclama: ¿Qué es lo que puedo desear en el cielo? Qué es lo que puedo amar en la tierra sino á vos solo? Mi carne y mi sangre se abrasan de amor; vos tomáis parte en mi eternidad. El que se aleja de vos camina á su perdicion, como una esposa infiel á quien la venganza persigue: mas para mi no hay otra dicha que la de unirme á vos, no esperar mas que en vos, y alabar ante los hombres las maravillas de mi Dios.

Ved aqui á nuestro maestro y nuestro modelo; es preciso en esta clase de cuestiones, no comenzar por un orgullo contencioso, que es un crimen, porque arguye contra Dios, y esto conduce derechamente á la ceguedad. Es preciso esclamar antes de todo: ¡Cuán bueno sois! y suponer que hay en nuestro espíritu algun error, que solamente se trata de conocer. Con estas disposiciones no tardaremos de recobrar la paz que huiria justamente de nosotros, sino la pedimos á su autor.

Concedo á la razon todo lo que la debo. El hombre no la ha recibido mas que para usar de ella, y hemos probado bastante bien, segun creo, que nada se le dá de las dificultades que se le oponen contra la Providencia. Con todo eso, no contamos exclusivamente siempre con una luz, que está espuesta á eclipsarse por esas tinieblas del corazon, dispuestas siempre á alzarse entre nosotros la verdad y ¡entramos en el santuario! Ahi es donde todos los escrúpulos, todos los escándalos desaparecen. La duda se parece á esas moscas importunas que se echan, y que siempre vuelven. Ella desaparece al primer movimiento de la razon, pero la religion la mata; y francamente, esto es algo mejor.

#### EL SENADOR.

Os he seguido con sumo placer en vuestra escursion á Jerusalem; pero permitidme que aumente vuestras ideas haciéndoos observar, que no siempre la impiedad, la ignorancia ó la ligereza se dejan ni con mucho deslumbrar, por el sofisma que atacais con tan buenas razones. Tal es la injusticia á este respecto, y tan arraigado el error, que los mas sabios escritores, engaña-

dos ó alucinados por quejas insensatas, concluyen por espresarse con el vulgo, y parece que prescinden de toda censura sobre este punto. Citábais ahora mismo á Luis Racine, recordad este verso del trozo que teniais á la vista.

De tí huye la fortuna y la riqueza.

Nada es mas falso; no solamente las riquezas no huyen de la virtud, sino que al contrario, no hay riquezas honrosas y permanentes, sino las que se adquieren y poseen por la virtud. Las demas son despreciadas, y no son mas que pasajeras. Ved sin embargo á un sabio, á un hombre profundamente religioso, que nos repite despues de otras mil cosas, que la riqueza y la virtud están reñidas; pero sin duda lo propio que otros mil, habia repetido muchas veces en su vida, el antiguo, el universal, el infalible adagio: *Interés mal adquirido, poco aprovecha* (1). De suerte, que veduos obligados á creer que las riquezas huyen igualmente del vicio que de la virtud. ¿En dónde estarán entonces? Si se hiciesen observaciones morales, como se hacen metereológicas; si los observadores infatigables penetrasen en las historias de las familias, se veria que los bienes mal adquiridos, son otros tantos anatemas que se han de cumplir inevitablemente en sus individuos ó en sus familias.

Pero hay en los escritores del buen partido que se han dedicado á este asunto, un error secreto, que creo merece descubrirse; ellos ven en la posteridad de los malvados, y en los padecimientos de la virtud, una prueba muy fuerte de la inmortalidad del alma, ó lo que es lo mismo, de los castigos y recompensas de la otra vida; se ven obligados acaso sin saberlo á cerrar los ojos con respecto á los de este mundo, por temor de debilitar las pruebas de una verdad de primer órden, sobre la que descansa todo el edificio de la religion: pero me atrevo á creer que en esto están equivocados. No es necesario, ni aun creo permitido, desarmar por decirlo así, una verdad, para poder dar armas á otros. Toda verdad puede defenderse por sí sola, ¿á qué pues confesar lo que no es preciso?

Os suplico que leais la primera vez que tengáis tiempo, las reflexiones críticas del ilustre Leibnitz sobre los principios de Pufendorf; vereis en términos precisos, que los castigos de la otra vida están demostrados por solo haber dispuesto el soberano

(1) *Male paria, male dilabuntur*. Este proverbio es propio de todas las lenguas y de todos los estilos. Platon lo ha dicho: la virtud es la que produce las riquezas, del mismo modo que produce todos los demas bienes, tanto públicos como particulares. (In Apol. Soc. opp., tomo I, p. 70.) Es la misma verdad la que se espresa así.



dueño de todas las cosas, dejar en esta vida la mayor parte de los crímenes sin castigo, y la mayor parte de las virtudes sin recompensa. Mas no creais que nos deja el trabajo de refutarlo. En la misma obra se apresura á refutarse él mismo, con la superioridad que le es propia; y reconoce espresamente, que aun haciendo abstraccion de los demás castigos que Dios ordena para este mundo, como lo hacen los legisladores humanos, no seria menos legislador desde esta vida, pues que en virtud de las solas leyes de la naturaleza que ha formado con tanta sabiduria, todo malvado es un heautontimorimeno (1). No se podria espresar mejor; pero decidme, cómo es posible que habiendo Dios ordenado castigos para esta vida, como los legisladores, y siendo todo malvado por otra parte, en fuerza de las leyes naturales UN VERDUGO DE SI MISMO, quedan impunes la mayor parte de los crímenes (2)? La ilusion de que os hablaba hace poco, y la fuerza de la preocupacion, se manifiesta aqui á las claras. No me empeñaré inutilmente en aclararlas mas, pero voy á citaros tambien un hombre superior en su género, y cuyas obras ascéticas son incontestablemente uno de los mas bellos regalos que ha hecho el talento á la piedad; el P. Berthier, este acuerdo que sobre estas palabras de un salmo: *un instante mas y el impio ya no existirá, buscareis el sitio en que se hallaba y no le encontrareis*; observa que si el profeta no tenia presente la bienaventuranza eterna, su proposicion seria falsa. «Porque, dice, los hombres de bien han perecido, y no se conoce el sitio que habitaron en la tierra; no tenían riquezas durante su vida, y no se conoce que estuviesen mas tranquilos que los malvados, quienes á pesar de los escaseos de sus pasiones, parece que gozan del privilegio de la salud y de una vida muy larga.»

Parece imposible que un pensador de tal fibra, se haya dejado ofuscar por la preocupacion vulgar, hasta el punto de desconocer las verdades mas palpables. Los hombres de bien, dice, han perecido. Pero pienso que nadie ha sostenido todavia, que las gentes de bien debiesen tener el privilegio de no morir. No se conoce el sitio que habitaron en la tierra. En primer lugar ¿qué importa? por otra parte ¿el sepulcro de los malvados, es mas co-

(1) *Verdugo de si mismo*. Es el título muy conocido de una comedia de Terencio. El venerable autor del *Evangelio explicado* ha dicho con tanto talento y aun mas autoridad: *un corazon culpable toma siempre contra si mismo, el partido de la justicia Divina*. (Tomo III, 120. med., tercer punto.)

(2) *Leibnitzii monita quedam ad Puffendorffii principia*, opp., tom. IV, part. III, pág. 277. Los pensamientos mas importantes de este grande hombre, han estado al alcance de todo el mundo en el libro tan bien concebido como desempeñado de *Los Pensamientos de Leibnitz*, v. tomo II, paginas 296 y 275.

nocido que el de los hombres de bien por el nacimiento, por las dignidades y por el género de vida en igualdad de circunstancias? ¿Luis XI ó Pedro el Cruel, fueron mas célebres ó mas ricos que S. Luis ó Carlo-Magno? Suger y Ximenez ¿no vivieron mas tranquilos, y son acaso ménos célebres despues de su muerte que Sejan ó Pombal? Lo que sigue sobre el privilegio de la salud y de una vida mas larga, es tal vez una de las pruebas mas terribles de la fuerza de una preocupacion general en los talentos mas completos, para que no caigan en ella. Pero al P. Berthier le ha sucedido lo que á Leibnitz, y lo que sucederá á todos los hombres de su especie; y es, que ellos mismo se refutan con una fuerza y una claridad que les es propia, mucho mas con respecto al P. Berthier, por una uncion digna de igualar á Fenelon en el camino de la ciencia espiritual. En varios trozos de sus obras, reconoce que sobre la tierra no hay felicidad mas que en la virtud: que nuestras pasiones son nuestros verdugos, que el apogeo de la felicidad se hallaria en el apogeo de la caridad; que si existiera una verdad evangélica, seria aquel un lugar digno de la admiracion de los ángeles, y que preciso fuera abandonarlo todo, para ir á contemplar de cerca á estos dichosos mortales. Empapado en estas ideas, se dirige en otra parte á Dios mismo, y le dice: *¿Es cierto que ademas de la felicidad que me espera en la otra vida, puedo tambien ser dichoso en esta?* Leed, os ruego, las obras espirituales de este docto y santo personage; fácilmente hallareis los diferentes párrafos que tengo presentes, y estoy seguro que me dareis las gracias por haberos hecho conocer este libro.

#### EL CABALLERO.

Confesad, francamente, mi querido senador, que quereis persuadirme y embaucarme con vuestras lecturas favoritas. Seguramente vuestra proposicion no se dirige á vuestro compañero que se sonrie. Por lo demas os prometo que si principio, principiare por el P. Berthier.

#### EL SENADOR.

Os exhorto con todo mi corazon á que no tardeis; mientras tanto, me alegro mucho de haberos demostrado cómo la ciencia y la santidad se engañan primeramente y razonan como la muchedumbre ó el vulgo, descarriados de la verdad por un noble motivo, pero dejándose atraer por la evidencia y dándose á si mismos el mas solemne mentis.

Ved aquí, pues, si no me equivoco, dos errores puestos bien en claro; error del orgullo, que se niega á la evidencia para jus-